

1979

Adventuras y desventuras de un compilador.

Augusto Roa Bastos

Citas recomendadas

Bastos, Augusto Roa (Primavera 1979) "Adventuras y desventuras de un compilador.," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 9, Article 2.

Available at: <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss9/2>

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN COMPILADOR

Augusto Roa Bastos

Leer es una tarea difícil y comprometedora; tal vez más que escribir. Como lo sabía muy bien Raymond Roussel: «Leer a menudo equivale a ser embaucado». Cuando un autor habla de su obra, es preciso sospechar que embauca dos veces. Sobre todo en el caso de aquel que se ha limitado a ser, voluntariamente, sólo el compilador de un libro. Peor aún si este libro se trata de una novela cuya materia es lo real imaginario.

¿Por qué compilador? ¿No hay quizás una argucia, una coartada en esta ambigua autodeterminación? Es probable que sí; los cólicos morales como síntomas de una mala conciencia son frecuentes en casa de los literatos. Desde el momento que el compilador saca la máscara del rostro de un autor y se esconde tras ella se convierte *ipso facto* en un literato «creador». Pero un designio semejante no es gratuito.

«La palabra 'creación' me produce pavor -decía Marcel Duchamp-. En el fondo yo no creo en la función creadora del artista. Este es un hombre como cualquier otro, he aquí todo. La palabra 'Arte', por el contrario, me interesa mucho. En otro tiempo a los artistas se les designaba con una palabra que yo prefiero: artesanos. Todos somos artesanos, en la vida civil, en la vida militar o en la vida artística. La palabra *artista* fue inventada cuando el pintor se transformó en un personaje en la sociedad monárquica primero, después en la sociedad actual, en la que él es un señor...»

He aquí expresada de una manera simple y directa la situación social, histórica e ideológica de este señor.

El compilador actúa o finge actuar de manera inversa. El se limita a reunir, coleccionar y acumular materias de otros textos, que a su vez fueron

sacados o variados de otros. Lo hace a sabiendas de que no «crea», de que no saca algo de la nada. Trabaja las materias últimas de lo que ya está dado, hecho, escrito. Estas son sus materias primas. Compone una nueva realidad con los desechos de la irrealidad. Pero, por supuesto, este artesano es un señor exigente, armado de paciencia, de la tenacidad de un insecto recolector, de una selectividad insobornable. Sabe tomar lo bueno donde lo encuentra, y lo mejor se le da por añadidura. Manipula materias primeras, segundas y terceras en busca, él también, de la cuarta dimensión: ese viejo sueño que es más vale un insomnio perpetuo e incurable. Es en el roce eléctrico del olvido y la memoria donde se puede encontrar tal vez ese resplandor furtivo: el rayo de luz que, según Kafka y otros visionarios, alguien ve de pronto donde estuvo siempre pero donde nadie lo había visto antes. El compilador se oculta y actúa porque sabe que, paradójicamente, la verdad no puede ser revelada sino ocultándola y que lo importante es que la palabra no busque tanto reflejar lo real como que la palabra misma sea real.

Desde el punto de vista «artístico», la situación del compilador no es por ello más cómoda que la del autor que se quiere «creador». Este artesano que no se preocupa en apariencias de las premisas de originalidad e invención, este artesano medieval trabaja en los circuitos de consumo de nuestra sociedad contemporánea. Por tanto está sometido a sus leyes. Es manipulado como los otros por los intereses de la industria cultural. Recibe su paga no por su trabajo material -que habría sido lo justo-, sino sobre la base de la subasta de unos pretendidos derechos de propiedad intelectual. Lo que para él es un contrasentido, puesto que su objetivo primero es precisamente el de transgredir, impugnar, o por lo menos poner en cuestión el concepto de la propiedad individual de los bienes intelectuales y artísticos; concepto que satura todos los dominios de nuestra compacta sociedad burguesa. En el *sancta sanctorum* de sus códigos de uso y de derecho están debidamente protegidos los de ese señor de quien hablaba Duchamp.

El autor «creador» dice «mis héroes», «mis heroínas», «mis libros», que son justamente lo menos suyo, lo más ajeno que le es dado no poseer.

El compilador quiere convertir el trabajo artístico en una actividad equivalente a las demás categorías del trabajo humano. También en la esfera del trabajo intelectual y artístico, los medios de producción se hallan en manos de las clases dominantes; bajo la doble dominación de las leyes del sistema y del poder delegado en la «intelligentsia», en los grupos mandarines que asumen el viejo rol chamánico del dominio espiritual de la tribu: una de las contradicciones típicas de nuestra alienación cultural.

No podemos negar la importancia de nuestra literatura; la que adviene con el período que llamamos independiente pero que en realidad debería llamarse neodependiente. Pese a este signo que domina todo el tejido de nuestra vida material y cultural, tampoco se puede negar el carácter progresista de esta literatura y su influencia en el plano de la vida social. Esta literatura tiene sus víctimas y sus mártires, figuras de una dignidad admirable en sus vidas y sus obras. Muy distintos son los autores que se arrojan el mandarín literario; en especial los que integran los grupos más exclusivos y menos numerosos de esta suerte de oligarquía cultural. Nuestros chamanes de nuevo cuño se sienten muy cómodos en la red de sus contradicciones ideológicas. Predican la palabra profética, imbuidos de su papel oracular y respaldados por su evidente prestigio en la producción de una literatura que puede medirse de igual a igual con las más desarrolladas del mundo. La industria cultural que ha puesto «en órbita» estos satélites deslumbradores en los circuitos mundiales de consumo, es en buena medida responsable de este fenómeno, anómalo por su propia naturaleza. ¿No resulta enigmático el hecho de que un continente subdesarrollado y dominado como el nuestro produzca una literatura semejante? Los europeos se admiran de este increíble «florecimiento». La crítica, fascinada, ve en ella una literatura «revolucionaria» acreedora a todos los galardones y distinciones en los centros académicos del mundo burgués. Los latinoamericanos «cultos» nos ufamamos de ella con orgullo desde luego no inocente. De aquí al convencimiento de que la Literatura (con mayúscula) salvará a América Latina, no hay sino un paso, a veces menos. Los más renombrados de estos chamanes -que imperan sin sucesión dinástica ni substitutos posibles- proclaman con énfasis religioso esta salvación por el poder mediador de la Literatura, en nuestras sociedades sometidas a otros poderes más contundentes.

Las aventuras y desventuras del compilador comienzan en su falta de fe en esta nueva escatología. No se considera más que un francotirador que actúa por su cuenta y riesgo. Su objetivo es atacar en su mismo terreno los privilegios establecidos, empezando por los que conciernen a la fauna literaria, a los rumiantes de la letra escrita. Es posible que sólo consiga llenarse los ojos de tierra. Trata de desalienar el trabajo artístico y no alcanza sino a mostrar las contradicciones que hacen inevitable la alienación.

En esta crisis de conciencia con la literatura en sus relaciones con nuestra realidad social, vivió el compilador más de diez años sin escribir una línea. Conjurada en cierto modo la náusea, se dedicó a compilar el tedioso texto «escriptural» de *Yo El Supremo* -artesanía de escritura y de cripta-, en

una tentativa autocrítica sobre el poder de la escritura como mito ideologizado de la escritura del Poder Absoluto. Comprobó, una vez más, con las palabras de Roussel que se citan más arriba, verificó con melancólica decepción que fácil es embaucar a los otros y embaucarse a sí mismo con la palabra escrita.

Se escribe mucho. La explosión bibliográfica es más voluminosa e intensiva que la explosión demográfica, con el agravante de que en los dominios de la procreación escrita no existen anticonceptivos sino, por el contrario, incitaciones y estímulos que no conocieron nuestros indigentes mandarines de antaño.

Sería interesante ver qué pasa si todos los escritores del mundo, en una especie de asamblea planetaria, resolvieran no escribir una sola línea durante un año solamente. No es una alegoría de ciencia-ficción. Podría ser una historia muy real: llevar el estatuto mismo de la escritura a sus más extremos límites de negatividad. Lo que ocurre en este intervalo de agrafía, voluntaria o forzada, es el tema de la novela que compone ahora el compilador bajo el título de *Los Congresos*: obra de imaginación pura en la que lo real imaginario se enmascara en la irrealidad de la historia mediante todo género de transgresiones, infracciones y agresiones, poniendo de nuevo impropriamente nombres propios a los personajes reales de la ficción y fantasmalizan-do los personajes históricos de la literatura, basado en el principio de Althusser de que no hay historia *de* la literatura sino historia *en* la literatura.

La falta de literatura en un continente como el nuestro puede resultar fatal o revolucionaria. Esto es lo que el compilador trata de investigar en la intimidad y naturaleza de la propia escritura, pero sobre todo en ciertos hechos que están aconteciendo en nuestro continente en erupción.

Después de todo, lo viejo que debe morir y lo nuevo que debe nacer; es decir, lo que ya no existe y lo que no existe todavía se darán necesariamente con sus propios signos.